Prodigios de los hombres de barro: Apuntes para una prehistoria de la parapsicología argentina

(Publicado originalmente en E-Boletín Psi V 12 N° 1, enero de 2017)

Juan Gimeno

jgimeno54@yahoo.com.ar

Si se trata de seguir construyendo la historia de la parapsicología argentina, cabe la pregunta de si es posible seguir acopiando documentos que extiendan los actuales límites. Una primera mirada estricta sólo se atreve a desandar el camino hasta el primer tercio del siglo XX. En efecto, J. Ricardo Musso (1965) inicia la investigación parapsicológica en 1933, con la inclusión, por parte de Eduardo del Ponte, profesor de biología en la facultad de ciencias naturales de Buenos Aires, del "estudio de los fenómenos parapsicológicos en su programa del curso" (p. 38), aclarando ya en el subtítulo de su libro ("desde el espiritismo hasta la parapsicología") el límite conceptual de su ensayo. Por su parte Naum Kreiman (1994) subraya la creación en 1931 del Instituto de Psicología, como parte de la facultad de filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires, destacando de él la sección de "psicología paranormal", iniciando así, según su cronología, el segundo período histórico, entre 1931 y 1950, reservando la etapa entre 1870 y 1930 al "primer período precientífico" (p. 27) dominado por la entusiasta actividad espiritista. Finalmente, el libro de Alejandro Parra (1993) coincide en destacar el mismo hito como inicio académico en su capítulo "La metapsíquica en la Argentina" (p. 28).

Las categorías temporales mencionadas son válidas al menos mientras no aparezcan nuevos documentos que las contradigan. Pero es posible presentar otra mirada más laxa, en la cual la indagación no se detenga sólo en las instituciones dedicadas a la investigación, en los estudiosos que hayan empleado la metodología científica o en las revistas especializadas. La tarea a proponer es aventurada: desandar el tiempo, cruzar los límites establecidos y llegar hasta los primeros habitantes del actual territorio argentino. Una vez allí, indagar el lugar que haya ocupado lo que hoy llamamos fenómeno parapsicológico: Saber si en aquellos lejanos días, el hombre que dormía luego de una extenuante jornada de caza era sorprendido por un sueño precognitivo, si al despertar lo comunicaba a su grupo y si se preocupaba por verificar su autenticidad; averiguar si existían otros que deliberadamente podían conocer el pensamiento de sus congéneres o interactuar con la materia sin apelar a recursos habituales; si había, por último, quienes conjeturaban que estos fenómenos pertenecían a una clase distinta de aquellos relacionados con el clima, la alimentación o la reproducción, y si se esmeraban en registrarlos, estudiarlos y tratar de integrarlos a su visión del mundo con los instrumentos que tuvieran a mano.

Los primeros habitantes del actual territorio argentino llegaron hace aproximadamente 18.000 años desde Asia, a través del Estrecho de Bering, cruzando previamente toda América, de norte a sur. Hace 10.000 años aumentó notablemente la temperatura y se retrajeron las grandes masas de hielo polar, manteniéndose estas condiciones hasta el presente. Hay evidencias de que por esa época pequeños grupos se fueron expandiendo, siguiendo el itinerario de los animales que eran su sustento, alojándose en cuevas, aleros o chozas rudimentarias, hasta llegar a la actual Tierra del Fuego. Se calcula que a la llegada de los primeros europeos, vivían en lo que hoy es Argentina 330.000 personas discriminadas en una veintena de pueblos. Como ninguno de ellos conocía la escritura, para llevar a cabo la tarea se deberá apelar no sólo a las crónicas de los primeros visitantes sino también a la ayuda del arqueólogo, que reconstruye antiguas culturas analizando sus restos materiales conservados a través del tiempo; y sobre todo la colaboración del antropólogo que haya podido realizar tareas de campo entre estos primeros habitantes poco antes de su desaparición o acceder a grupos contemporáneos que hayan conservado sus costumbres ancestrales. Deberá examinarse todo el

material producido hasta el momento y extraer de allí cualquier vestigio que pueda resultar útil, aceptando *a priori* que ninguno de los productores de estos conocimientos tuvo entre sus objetivos responder a la propuesta inicial.

Esta tarea para todo el actual territorio argentino requeriría de años de trabajo y el informe excedería ampliamente este formato. El presente artículo procura sólo presentar esta inquietud para iniciar una etapa previa de discusión y especulación. Con respecto a la forma de trabajo y las posibilidades, los siguientes párrafos mostrarán los resultados obtenidos en una breve investigación bibliográfica limitada a la Tierra del Fuego. Esta decisión tuvo en cuenta que se trata de una superficie comparativamente pequeña, con culturas bien definidas que permanecieron inalteradas por mucho más tiempo que las restantes, ya sea por el carácter insular de su territorio, por la máxima distancia respecto de los centros de poder o por su clima extremo, factores que desanimaron más que en ningún otro sitio la llegada de colonizadores y conquistadores.

Los habitantes de Tierra del Fuego hasta la llegada de los primeros europeos

Hacia el siglo XV, el actual territorio argentino de la isla de Tierra del Fuego estaba ocupado exclusivamente por cazadores-recolectores. En tierra firme de lo que hoy se conoce como Isla Grande vivían los selk'nam, también llamados onas, en la zona central y noroeste; y los hausch, desplazados a un pequeño territorio al sur, en la Península Mitre, en un proceso irreversible de extinción. Por otra parte, estaban los grupos de canoeros, que navegaban casi todo el tiempo por los canales adyacentes al Cabo de Hornos, desembarcando esporádicamente para reunirse, alimentarse o descansar. Se repartían el espacio marítimo entre yámanas, al sur de la Isla Grande, y alakalufes, hacia el oeste, en parte del actual territorio chileno. A los efectos de esta investigación, se mencionará a los selk'nam entre los grupos terrestres, ya que los hausch estaban casi desaparecidos; y sólo se tendrá en cuenta a los yámanas entre los marítimos, por ser éstos y no los alakalufes los que habitaban el actual territorio argentino. A estos pueblos se los denominará genéricamente como fueguinos. Los cálculos confiables estiman que desde su llegada vivían sanos y bien alimentados alrededor de 3500 a 4000 selk'nam y 3000 yámanas (Gusinde, 1951, pp. 97 y 138). Sin embargo, a partir de la interacción con el hombre blanco se redujo drásticamente este número, censando la misma fuente 50 selk'nam y 45 yámanas en 1950.

A pesar del frío, los selk'nam apenas se cubrían con una piel de guanaco sobre sus hombros, y los yámanas con una aún más pequeña capa en la espalda, abrigo que completaban untando sus cuerpos con una mezcla aislante de grasa y arcilla; también pintaban su piel con diversos colores, que respondían a sus estados de ánimo. Las artesanías complejas, lo mismo que la práctica de la agricultura o la cría de animales, eran imposibles por la falta de recursos naturales y por las condiciones meteorológicas extremas. Construían pequeñas herramientas y accesorios para ayudarse en sus tareas, y fabricaban arcos, flechas, arpones y hondas para cazar y guerrear. No reconocían diferencias de clase para el trabajo ni rangos de autoridad fuera de la familia, que era monogámica. La educación de los niños era responsabilidad de los padres, pero cuando llegaban a la pubertad eran incluidos en las ceremonias de iniciación, que solían durar meses. Allí los ancianos les transmitían las habilidades prácticas para la supervivencia y también la moral dominante, muy similar a la practicada por el cristianismo primitivo, priorizando la solidaridad y el respeto por el prójimo. Durante siglos vivieron perfectamente adaptados a las condiciones que les imponía la naturaleza, libres y orgullosos de su realidad.

Las fuentes primarias

Los documentos producidos por quienes los visitaron con distintos objetivos son necesariamente numerosos, diversos y de heterogéneo valor. La mayor cantidad de informes está firmado por miembros de expediciones

europeas que pasaban y eventualmente se detenían brevemente en la zona, tratando de cruzar el Estrecho de Magallanes. La primera noticia se atribuye a Pedro Sarmiento de Gamboa (1768) describiendo el contacto visual con los lugareños, en octubre de 1579: "Y al primer grito pensamos ser lobos-marinos hasta que los vimos colorados los cuerpos, porque se untan estos, según después vimos, con tierra colorada" (p. 109-110), lo que dio origen a la leyenda de los "hombres de barro". En los siguientes cuatro siglos se contabilizaron casi un centenar de expediciones con fines políticos, económicos o científicos. Encontraron pueblos en estado de pureza, pero ese privilegio no pudo ser aprovechado ya que no conocían su idioma y temían internarse en el territorio; además, como subraya Gusinde (1951): "Sus descripciones nos pintan a los indígenas en un auténtico estado primitivo, mientras mostraban la candidez de simples niños al observar las maravillosas cosas de Europa. Por otra parte, se deduce de estas descripciones con qué desprecio miraban estos advenedizos blancos a hombres primitivos allí establecidos. Tampoco debe olvidarse que los marinos, que pasaban a toda prisa, no podían captar lo que se les ponía a la vista, y no eran nada parcos en sus exageraciones" (p. 74 y 75).

Otro grupo destacado es el de los religiosos que llegaban para establecer misiones. La primera fue la anglicana, presidida por el reverendo Thomas Bridges, a partir de 1858 en Ushuaia; y más tarde la católica fundada por monseñor José Fagnano, desde 1887 en Punta Arenas. Estos emprendimientos tuvieron la ventaja de establecerse de manera permanente y de esmerarse en la comunicación con el aborigen en su lengua natal. Así confeccionaron los únicos diccionarios que se conocen: el yámana-inglés, publicado por Thomas Bridges (1), y el selk'nam-castellano dado a conocer por los salesianos (Misioneros Salesianos, 1915). Estas organizaciones defendieron a los nativos ante los abusos de los colonos que avanzaban sobre sus tierras con el único acicate del lucro, pero demostraron más compromiso por evangelizarlos que por conservar y registrar sus costumbres originales. Si bien ninguno de sus miembros fue un experto en cuestiones aborígenes ni en los métodos para investigarlos, pueden consultarse producciones del sacerdote italiano Alberto María de Agostini (1956), además de fotografías y filmaciones, fruto de su estadía en Tierra del Fuego a partir de 1910; ensayos de su colega y compatriota Antonio Coiazzi (1914a, 1914b), y el mencionado diccionario de los salesianos con capítulos dedicados a las tradiciones y costumbres. Los anglicanos no fueron tan prolíficos, aunque pueden atribuirse indirectamente los trabajos de Esteban Lucas Bridges, hijo de Thomas y tercer blanco nacido en la isla, en 1874, quien creció junto a los indígenas, interesándose por escribir sobre sus peculiaridades y ceremonias, agregando transcripciones del diario personal de su padre (Bridges, 1952).

Las crónicas más plausibles serán sin duda las producidas por los antropólogos. Entre los pocos casos se tendrá en cuenta a Samuel Lothrop (1928) quien pasó el verano de 1924-1925 en la zona, trabajando para el Peabody Museum of Archeology and Ethnology, de la Universidad de Harvard; y a la estadounidense Anne Chapman, quien realizó un exhaustivo trabajo de campo con los últimos sobrevivientes selk'nam, desde su primera visita en 1964 con la Mission Archeologique Francaise au Chili Austral, y luego durante una década en forma discontinua, produciendo una obra extensa y calificada, sobre todo si se tiene en cuenta la época tardía de su intervención (Chapman, 1986, 1993). Y se tendrá como referencia más confiable y documentada el monumental trabajo del sacerdote Martín Gusinde (1989a), quien no llegó como misionero sino como etnólogo reconocido. Desde 1918 realizó cuatro viajes a la isla, conviviendo en total dos años y medio con sus ocupantes, aprendiendo su idioma, iniciándose como un miembro activo más de los selk'nam y participando de las últimas ceremonias secretas de los hechiceros en 1924, antes de la extinción definitiva.

Por último es oportuno mencionar un trabajo atípico pero de indudable valor: se trata de Memoria y Olvido, de Diana Alonso (1992), que lleva por subtítulo "modelo atemporal de la vida en el archipiélago austral". Su género literario es la "no-ficción" o la "novela testimonio". La autora recopiló documentos antropológicos y etnológicos, construyendo con ellos la trama de la vida cotidiana de un grupo yámana, para luego enviar sus borradores al Programa de Antropología del Centro Austral de Investigaciones Científicas. Precisamente en el prólogo, el director de dicho programa, dependiente del CONICET, Ernesto Luis Piana, asegura que el

libro “es en su género, la mejor reconstrucción de la vida de los canoeros magallánico-fueguinos que he leído” (p. 12), por lo que será tenido en cuenta en el mismo nivel que los ensayos anteriores.

El mundo espiritual y los hechiceros

Los fueguinos creían en un Dios único, llamado *Watavinéiwa* por los yámanas y *temáukel* por los selk’nam, creador de todo lo existente que reinaba detrás de las estrellas. A pesar de no conocer ritos religiosos específicos ni oraciones, solían dirigirse a él para pedir por su salud u ofrendarle parte de sus alimentos, que arrojaban a la tierra. Pedían que les concediera clima benigno durante una travesía o buena caza o pesca, y le agradecían al superar un peligro o cuando por fin llegaba la estación del verano. También estaban convencidos de que luego de la muerte del cuerpo, el alma seguía viviendo como un ser espiritual. Además creían en la existencia de espíritus libres, que solían asustarlos en sus viajes por el mar o por el bosque.

Para mediar con este mundo invisible y amenazador aparece la única profesión diferenciada: el hechicero, el que calmaba a los espíritus libres y eventualmente incorporaba a los fallecidos, de manera similar al médium espiritista; llamado *xon* por los Selk´nam y *yekamush* por los yámanas, el hombre blanco lo nombró de acuerdo a las características que pudo observar en él: médico, doctor, brujo, profeta, chamán o hechicero. Pasaban desapercibidos por su aspecto salvo cuando ejercían su trabajo, ya que pintaban y adornaban su cuerpo de manera especial. Hay coincidencia en que hubo más hechiceros varones que mujeres y que todos entendían su actividad como una obligación hacia sus parientes y amigos, aunque no recibieran ninguna retribución obligatoria por sus servicios. Chapman arriesga que formaban una elite religiosa y que se trataba de la actividad de mayor estatus, aunque los demás antropólogos prefieren subrayar que sólo ejercían cierta influencia o eran de temer debido a sus poderes. Es interesante comparar dos observaciones similares aunque alejadas entre sí por el sesgo cultural desde el que fueron expresadas: Gusinde (1989b) los describe como “gente de inteligencia superior al promedio, e incluso muy aguda” (p. 708), mientras que Carlos Spegazzini, botánico de la expedición italo-argentina dirigida por el teniente Giacomo Bove, afirmaba que “el brujo, que puede ser más o menos joven, es ordinariamente el más inteligente, el más pillo y el más haragán de la tribu (Spegazzini, 1882, 169).

Era aceptado que un hechicero dominaba el clima, atraía ballenas hasta la costa para que fueran cazadas con facilidad, revelaba hechos futuros, sabía lo que estaba ocurriendo a distancia y hasta podía comunicarse telepáticamente y curar o producir daños y enfermedades. Chapman (1986) explica que “los chamanes accedían al ‘más allá’ durante un estado de trance (…) por autohipnosis mediante una profunda concentración que lograban cantando durante horas” (p. 74). También hay testimonios sobre habilidades de fuerza similares a las de los faquires: “Se dice que se paraban con ambos pies en un fogón cubierto de brazas” y “otros se ponían un gran trozo de braza de carbón en la palma de la mano, cerrando luego los dedos en forma de puño” (Gusinde, 1989b, 752), lo que remite inevitablemente a alguna de las anécdotas atribuidas a Daniel Home; también solían atravesar sus brazos o piernas con flechas, sin que les produjera sangrado ni dolor.

En una reciente publicación, Stanley Krippner concuerda en que “desde hace más de 30.000 años, los chamanes presentan experiencias que los parapsicólogos conceptualizan como posibles fenómenos psi: la interacción entre organismos y su medio ambiente (incluyendo a otros organismos) en el que la información y la influencia no puede ser explicada a través de los canales sensorio-motores estudiados por la ciencia convencional” (Krippner, 2015, 143), e insta a resolver el problema siempre postergado, voluntad que coincide para la Tierra del Fuego con la de Gusinde (1924) cuando justifica los sacrificios en un lugar tan inhóspito al remarcar: “De ahí el gran interés por establecer, si toda la actividad del hechicero es puramente un engaño en el que vive él mismo y mantiene a los demás, o si en realidad posee facultades que le habiliten para el desempeño de sus múltiples y variadas funciones profesionales (p. 10).

Los testimonios

Luego de una temporada entre los selk'nam y ya con síntomas de escorbuto, el 13 de julio de 1923 Martín Gusinde decidió realizar a pie la travesía entre su campamento en el Lago Fagnano y el Canal de Beagle, acompañado por dos nativos. Partieron con buen tiempo, aunque con quince grados bajo cero; sin embargo, al segundo día de los cuatro previstos de marcha, los sorprendió un temporal que los obligó a caminar con la nieve hasta las rodillas. Casi sin víveres, el investigador cayó desmayado por el cansancio extremo y debió ser arrastrado durante horas para salvarle la vida, hasta llegar a Puerto Haberton. Esta anécdota es relatada en su informe al gobernador de la región chilena de Magallanes (Gusinde, 1924, 37-39) sin otros detalles; pero en un libro posterior (Gusinde, 1951) agrega que el hechicero Tenesésk le había rogado que no partiera, con estas palabras: "Te sorprenderá la borrasca y te tendrás que quedar sepultado en la nieve –completando luego que– tan claro vio la desgracia con la que nos íbamos a enfrentar, pues era un gran hechicero" (p. 388). Por su parte Alonso (1992) engrosa su novela con otros casos de precognición, como cuando dice de Lasapowlum: "Él ve naturalmente el futuro. Una vez dijo: 'allá afuera veo acercarse una larga canoa llena de cormoranes', y llegaron bandadas de esas aves que rara vez cruzan un brazo de mar" (p. 181). Por supuesto que el principio de parsimonia obliga a aceptar en primera instancia que los aciertos se debían, siguiendo a Carlos Gallardo, botánico y miembro de la expedición oficial argentina de 1902: "A los conocimientos que tenían sobre los indicios precursores de cambios atmosféricos, que les permitían hacer creer en facultades sobrenaturales" (Gallardo, 1910, 341). Otra profecía más dramática aún, que requiere de otras hipótesis explicativas, es la que relata Chapman (1993) atribuida a "los padres de la palabra" de los onas, pronunciada antes de la llegada de los europeos, que aseguraba que: "Unos extraños, parecidos a aquéllos, los iban a destruir" (p. 22), confirmada por Gusinde (1989b) al referirse al hechicero Konyol: "Se dice de él que poseía mucha bonhomía y estaba sumamente dispuesto a ayudar. Obtuvo cierta fama porque había pronosticado las devastaciones que los odiados europeos causarían entre sus compañeros de tribu" (p. 703-704).

Los ejemplos de percepción extrasensorial abundan, ya sea para superar limitaciones en la comunicación, como remarca Alonso:"Pronto se reunirían con la pareja de los yámana del Agaia que el poderoso chamán estaba citando por telepatía" (Alonso, 1992, 210); en los preparativos de una guerra entre grupos, como aclara Gusinde: "Se deduce de ello para el *xon* la obligación urgente de averiguar [por clarividencia] toda la situación y el estado de cosas existente en el campo adversario" (Gusinde, 1989b, 696), o en cualquier otra situación extrema; pero son mostrados sin ninguna oportunidad de control o de evaluación crítica. En cambio se abren más posibilidades al analizar las supuestas curaciones atribuidas a los hechiceros, que producen extrayendo del cuerpo del enfermo el *kwáte,* objeto lanzado por otro colega con el fin de dañar. Gusinde rescata un preciso testimonio de una paciente con fuertes dolores en el muslo, describiendo el trabajo de su hechicero: "Enseguida comenzó a cantar, puso su boca en el lugar afectado por el dolor y extrajo de él muchísima sangre. Los dolores cesaron muy pronto y desde entonces nunca más sentí nada, y hasta el día de hoy puedo caminar perfectamente bien (Gusinde, 1989b, 710). El antropólogo aclara que la sangre pudo haber surgido de las encías a raíz de la fuerte succión, ya que el procedimiento no dejó cicatriz alguna. La mayoría de los testigos, autorizados o improvisados, aseguran que extraen piedritas, puntas de flecha y hasta pequeños animales manipulados fraudulentamente para producir un efecto. La falta de diagnósticos previos y posteriores inhibe cualquier juicio definitivo, aunque resulta sugerente que todos reconozcan el mismo resultado para estos tratamientos: Gusinde (1989b) se pregunta: "¿Los *xon* mismos tienen conciencia de la causa y del origen de su éxito, que según nuestros conceptos, se debe exclusivamente a causas anímicas?" (p. 738). Lothrop (1928) asegura que: "Aunque a veces se debe haber causado un gran dolor a la víctima, sin embargo, sin duda, es cierto que se efectuaban las curaciones" (p. 96) (2).Gallardo (1910) coincide al asegurar que: "Su ciencia no es otra cosa que la aplicación de la sugestión y del masaje a la cura de las enfermedades, práctica establecida entre ellos desde tiempo inmemorial [y que] nuestras eminencias médicas pregonan ambas cosas como un gran triunfo de la ciencia y su aplicación es hoy de uso corriente" (p. 297); y también Chapman (1986) se atreve a reconocer que: "El [poder] de curar se llamaba *xo'on uniterm*, y Lola,

como la gran mayoría de los chamanes, hombres o mujeres, lo poseía. Garibaldi a menudo fue paciente de Lola y también lo fui yo durante el último año de su vida” (p. 75).

Un hechicero podía dañar por propia decisión o ante el pedido de un consultante, ya fuera a través del pensamiento o acompañado de cantos sagrados. Es cierto que ese poder nunca pudo ser dirigido coordinadamente contra el hombre blanco, quien terminó contagiándole sus propias enfermedades, y que cualquier muerte inesperada era reivindicada por quien deseara aumentar su prestigio; pero también se encuentran casos en los que al menos la acción es comunicada con anterioridad. En marzo de 1923, la informante Clara contó a Gusinde que a raíz de las burlas recibidas por un grupo rival, el hechicero anunció que dañaría a uno de ellos, y: “A la mañana siguiente, cuando este hombre despertó, estaba ciego de un ojo; más tarde, cuando quiso dar un corto paseo, cayó muerto al suelo –refrendando que– la totalidad de los presentes me confirmó el hecho, asegurando que lo relatado era la pura verdad” (Gusinde, 1989c, 1371).

La familia Bridges, debido a su afincamiento junto a los selk’nam, fue testigo y víctima de varias situaciones notables. Gusinde rememora que los hermanos Bridges: “Tuvieron reiteradas y sensibles dificultades en su estancia, porque tal o cual *xon* amenazaba a sus coterráneos, o, a su manera, les causaba un daño real” (Gusinde, 1989b, 702), mencionando entre ellos a Tenesésk, quien luego de ser despedido por esas prácticas se estableció en el Lago Fagnano, desde donde más adelante lanzaría su premonición de la tormenta de nieve que casi causa la muerte al antropólogo. Por otra parte, el padre de los Bridges, Thomas, cuando llamaba a los yámana a incorporarse a la recién fundada misión, les insistía en que lo que pregonaban sus *yekamush* era sólo engaño. Entonces, dos de ellos, Kalasakun y Kalakein, indignados, decidieron enviar una venganza desde Lapataia, lugar en el que acampaban, hasta Ushuaia, distante veinte kilómetros, donde vivía el religioso: “Cada uno de ellos arrojó, entonces, un *yekus* (3) y éstos llegaron efectivamente hasta Bridges y penetraron profundamente en su vientre. Desde entonces Bridges estuvo enfermo y, hasta su muerte, se quejó de una grave dolencia en el vientre –aclarando más adelante que– a pesar de que emprendió dos largos viajes a Buenos Aires, no pudo liberarse de ese mal” (Gusinde, 1989c, 1364).

Por último, se describirá una serie de anécdotas que han sido incluidas sin mayor análisis entre las pruebas de prestidigitación. En el final del capítulo de su libro, dedicado a “Enfermedades, médicos y remedios”, Gallardo (1910) relata la visita a un *xon*, que describe (¿con burlesca ironía?) como “una de las celebridades médicas de aquel país” (p. 300). Solicitado para que diera una prueba de su saber, el hechicero le pidió a su esposa que le mostrara uno de los espíritus que lo ayudaban en su tarea. Entonces la mujer masajeó el pecho de su esposo desnudo y: “Viose aparecer entre las manos de la mujer un informe cuerpo blanco que luego tomó la apariencia de un perrito que fue creciendo hasta adquirir unos 25 centímetros de largo. La maga dijo entonces que ése era uno de los espíritus que el cuerpo de su marido encerraba e inmediatamente volvió a hacer las mismas contorciones y entonar los mismos cantos y efectuar idénticos manoseos y masajes, hasta que aquel extraño fenómeno espiritual materializado penetrara de nuevo en su recóndita e ignorada morada interior del cuerpo del paciente esposo” (p. 301). Al final el expedicionario aclara que “no estamos lejos de suponer que estaba hecho con plumín, es decir, esa pluma finísima que, pegada al cuero, tienen las aves” (p. 301), aunque no consideró pertinente explicar dónde ni con qué artes había sido escondido antes y después de su aparición, limitándose a cerrar la cuestión con que “lo que acabo de narrar pone de manifiesto la habilidad extrema de los doctores onas, verdaderos prestidigitadores” (p. 302), aunque antes hubiera arriesgado que “lo más curioso es que los mismos doctores llegan a creer en su poder a fuerza de ver repetirse sus éxitos; no debemos, pues, considerarlos como simples impostores” (p. 299).

Otro relato significativo debe agradecérsele a Bridges (1952), conseguido a raíz de la visita a su estancia del hechicero Houshden, de quien narraban sorprendentes historias. Al solicitarle que le mostrara sus habilidades mágicas, detalla que, siendo la noche tan clara que permitía leer y luego de desnudarse completamente: “Se sentó y comenzó un monótono canto, que continuó hasta que repentinamente se llevó las manos a la boca. Luego las retiró con las palmas vueltas hacia abajo y a unos cuantos centímetros de distancia una de otra; una tira de cuero de guanaco, de tres veces el grosor de un cordón de zapatos y de no más de cuarenta y cinco

centímetros de largo, colgaba entre sus manos sostenida entre los pulgares y los meñiques, pendiendo de estos últimos unos ocho centímetros por los extremos. Houshken comenzó a sacudir las manos con violencia, separándolas gradualmente y en un momento la tira, que permanecía floja y aún con sus dos extremos a la vista, tenía ya más de un metro de largo. Después llamó a su hermano Chashkil, quien tomó el extremo que colgaba de la mano derecha, y dio un paso hacia atrás. De la mano izquierda de Houshken comenzó a crecer la tira hasta alcanzar un largo de más de dos metros. Luego Chashkil avanzó y la cuerda fue desapareciendo en la mano del hechicero hasta que éste pudo retomar el extremo que había dado a su hermano. Con la agitación continua de las manos, la tira se acortaba más y más. De repente, golpeó las manos unidas contra la boca, y profiriendo un penetrante grito, las estiró hacia nosotros, con las palmas hacia arriba y vacías" (p. 289). Bridges destaca por toda explicación que: "Ni siquiera un avestruz hubiera podido sin visible esfuerzo tragar de golpe esa cuerda -agregando que- se hallaban presentes unos veinte o treinta hombres pero sólo ocho o nueve eran del grupo de Houshken. Los restantes estaban lejos de ser amigos del hechicero y lo vigilaban con atención" (Bridges, 1952, 290). Coiazzi (1914a) cita esto mismo de manera casi idéntica, modificando sólo la extensión máxima de la tira, que prolonga hasta "cuatro o cinco metros" (p. 348). La anécdota no pudo ser copiada del libro citado ya que éste no había sido aún escrito, por lo que la debe haber conocido en una entrevista personal con el testigo. De todas maneras el sacerdote italiano clausura la cuestión en forma terminante, afirmando que los onas "poseen una habilidad maravillosa para esconder en la boca el guijarro, la punta de flecha, etc., y para hablar con estos objetos en la boca sin alterar la voz y realizar actos que parecen prodigios" (Coiazzi, 1914a, 348), aunque quien esté al tanto de la bibliografía metapsíquica, buena parte de la cual publicada antes del artículo de Coiazzi, no puede menos que asociar a estos hechiceros con los grandes psíquicos que lograban materializaciones mediante el llamado ectoplasma.

Martín Gusinde también presenció hazañas similares, dejando registradas algunas de ellas aunque con la dificultad de su clasificación. Menciona las llamadas "pruebas de fuerza especiales", como caminar sobre brazas o atravesar el cuerpo con flechas, de las que se apura a aclarar que en ellas "sólo se manifiestan las facultades puramente humanas del *xon*" (Gusinde, 1989b, 751). Pero un poco más adelante abre una subcategoría que denomina "hazañas de menos valor", para incluir allí otro tipo de fenómenos, como el que tuvo por protagonista otra vez a Tenesésk: "Después de haberse descubierto totalmente el torso y los brazos, puso tres guijarros del tamaño de una cereza sobre la palma de la mano extendida. Con los ojos fijos rígidamente sobre ellos, exhaló repentinamente un golpe de aire –como un soplido–, abrió alegremente los ojos y los guijarros habían desaparecido de la mano totalmente inmóvil" (Gusinde, 1989b, 753). A continuación la prueba fue repetida con el mismo resultado, lo que le permitió observarla más detenidamente, opinando que "no había posibilidad alguna para actos de prestidigitación o engaño" (Gusinde, 1989b, 753).

Consideraciones finales

Hace más de un siglo que los fueguinos han desaparecido como culturas diferenciadas, situación definida con precisión en el título del libro de Chapman (1993): "Fin de un mundo". Allí se anuncia el fallecimiento de Lola Kiepja, en 1966, nombrada como "la última persona que vivió en la tradición selk'nam (mientras fue joven)" (p. 13). Con respecto a los hechiceros y sus prácticas, Gusinde (1989b) asegura que su arte "muestra las profundas huellas de la decadencia, pues ningún ámbito parcial de la cultura integral de los selk'nam ha quedado al margen del perjuicio causado por el europeísmo" (p. 702). Los mismos yámanas coincidían con esto al afirmar "con toda franqueza su convicción de que sus *yekamus*, evaluados en forma general, eran antiguamente más capaces y de mayor eficacia en sus artes -atribuyendolo a- la abundante y buena [nutritiva] comida que consumen los europeos, y que también nosotros nos acostumbramos a preferir" (Gusinde, 1989c, 1385).

Esta tarea que acaba de describirse debe considerarse como un estudio preliminar, en el que fue posible entresacar de informes escritos con otros fines, datos útiles para contestar la pregunta inicial, referida al lugar que haya ocupado el fenómeno parapsicológico entre los pueblos originarios del actual territorio argentino. Quien haya llegado hasta aquí, estará de acuerdo en que, así como habitualmente el parapsicólogo reclama y requiere la colaboración de espiritistas, físicos, médicos o psicólogos, en este caso no será posible la construcción de conocimiento valedero si no se organiza un equipo multidisciplinario que incluya a todos los especialistas en pueblos aborígenes. Y puestos a esa tarea, aún quedará otro problema por resolver. Por un lado, se encontrará en mayoría a especialistas ortodoxos, seguidores entre otros del prestigioso antropólogo social Bronislaw Malinowski, quien al referirse a la magia en los pueblos primitivos, reconoce que si bien parece revelar un mundo de posibilidades inesperadas y misteriosas, incluso para el intelectual puramente científico, a continuación asegura sin ambages que: “Se encuentra, para su desilusión, con un arte completamente sobrio, prosaico e incluso tosco, cuyo consenso obedece a razones duramente prácticas, arte que está gobernado por creencias desaliñadas y carentes de profundidad y que se lleva a efecto con una técnica simple y monótona” (Malinowski, 1994, 75); aunque por otro lado alentarán el trabajo otras miradas minoritarias, como la que expresó el antropólogo norteamericano C. W. Waiant, citado por Van de Castle (1977), luego de analizar sus propios relatos etnográficos: “Creo firmemente que todo antropólogo, sea creyente o no, debe familiarizarse con las técnicas de la investigación parapsicológica y hacer uso de éstas, para establecer qué es lo real y qué lo ilusorio” (p. 668). Aunque estas divergencias extremas no serán novedad ni deberán ser un escollo para el parapsicólogo, consciente de las dificultades que presenta su objeto de estudio, siempre escurridizo, pero también seguro de las evidencias que lo sostienen.

(1). Escrito originalmente en 1865, hoy es prácticamente inhallable en papel, aunque puede consultarse en http://patlibros.org/yam/index.php?fun=pref&lan=esp.

(2). El original en inglés: “While at times it must have caused great pain to the sufferer, yet it is undoubtedly true that cures were effected”.

(3). *Yekus* es el objeto que envía el hechicero yámana para dañar a distancia, similar al *kwáte* de los selk’nam.

Referencias

Alonso, D. (1992). *Memoria y olvido*. Buenos Aires: Cabo de Hornos ediciones.

Bridges, E. (1952). *El último confín de la tierra*. Buenos Aires: Emecé editores.

Chapman, A. (1986). *Los selk’nam. La vida de los onas*. Buenos Aires: Emecé editores.

Chapman, A. (1993). *Fin de un mundo. Los Selk´nam de Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Emece Editores.

Coiazzi, A. (1914a). Los indios del archipiélago fueguino. *Revista chilena de historia y geografía*. 13, 288-352.

Coiazzi, A. (1914b). Los indios del archipiélago fueguino. *Revista chilena de historia y geografía*. 14, 5-51.

De Agostini, A. (1956). *Treinta años en Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Peuser.

Gallardo, C. (1910). *Tierra del Fuego. Los Onas*. Buenos Aires: Cabaut y Cía Editores.

Gusinde, M. (1924). Cuarta expedición a la Tierra del Fuego. *Publicaciones del Museo de etnología y antropología de Chile*, 1 y 2, 7-67.

Gusinde, M. (1951). *Fueguinos*. Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla.

Gusinde, M. (1989a). *Los indios de Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.

Gusinde, M. (1989b). El mundo espiritual de los selk'nam. En M. Gusinde. *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo 1, (pp. 457-1139). Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.

Gusinde, M. (1989c). El mundo espiritual de los yámana. En M. Gusinde. *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo 2, (pp. 1001-1460). Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.

Kreiman, N. (1994). *Curso de parapsicología*. Buenos Aires: Kier.

Krippner, S. (2015). Psi y chamanismo. En A. Parra (ed.). *Ojos invisibles. La cruzada por la conquista del espíritu* (pp. 143-156). Buenos Aires: Antigua.

Lothrop, S. (1928). *The indians of Tierra del Fuego*. New York: Museum of the American Indian. Foundation Heye.

Malinowski, B. (1994) [1948]. Magia, ciencia y religión. Barcelona: Editorial Ariel.

Misioneros Salesianos. (1915). *Los shelknam, indígenas de la Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Librería del Colegio Pío IX.

Musso, J. (1965) [1954]. *En los límites de la psicología*. Buenos Aires: Paidos.

Parra. A. (1993) [1990]. *Historia de la parapsicología argentina*. Buenos Aires: Ediciones históricas monográficas argentinas.

Sarmiento de Gamboa, P. (1768). *Viage al Estrecho de Magallanes en los años 1579 y 1580 y la noticia de la expedición que después hizo para probarle*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta.

Spegazzini, C. (1882). Costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 14, 159-181.

Van de Castle, R. (1977). Parapsychology and anthropology. En B. B. Wolman (ed.). *Handbook of parapsychology* (pp. 667-686). New York: Van Nostrand Reinhold.